

Notas sobre un movimiento apocalíptico en el Chocó, Colombia

G. & A. Reichel—Dolmatoff
Universidad de los Andes

Transcripción: Sonia Estupiñan, Universidad del Magdalena

En muchas partes y en diversas épocas de la historia, han habido momentos cuando los hombres, sobre todo aquellos que forman las grandes masas empobrecidas y analfabetas, se han visto enfrentados a circunstancias tan adversas que han tenido que reformar las premisas básicas de sus conceptos religiosos y morales a la luz de eventos diametralmente opuestos a un orden social tradicionalmente aceptado. Guerras y revoluciones, epidemias y hambre, las persecuciones políticas, religiosas y raciales, frecuentemente han llevado a esas masas angustiadas a buscar refugio en movimientos mesiánicos o renacentistas, movimientos populares, por medio de los cuales se trataba de restablecer o reafirmar un código moral perdido o anhelado. Profetas y predicadores, a veces hombres sinceros, a veces charlatanes, recorrieron los campos y las aldeas, seguidos por multitudes de fieles y curiosos, anunciando la próxima llegada del mesías, del milenio o del fin apocalíptico el mundo.

En los últimos años estos movimientos religiosos han sido objeto de voluminosos estudios por parte de antropólogos y sociólogos, quienes se han dado cuenta de la importancia de estos fenómenos socio—culturales representan, no solo para una mejor apreciación de tendencias nacionalistas, sino ante todo en los procesos de aculturación, del simbolismo religioso y de los procesos psicológicos subyacentes. Cohn (1957) ha estudiado las características de estos movimientos a través de la historia de Europa; Guariglia (1959); Lanternari (1960) y Mühlman (1961), entre otros muchos, han analizado comparativamente estos movimientos, a escala mundial. Otros han limitado sus investigaciones a los movimientos, característicos de Oceanía, sobre todo del Cargo Cult. O a los movimientos en África. En América Latina debemos una serie importante de trabajos a María Isaura Pereira de Queiroz (1957) quien ha estudiado en detalles los movimientos religiosos populares en el Brasil. En Colombia, este campo de investigación aun no ha sido tocado aunque, indudablemente, ofrece oportunidades extraordinarias. En vista de estos fenómenos, que periódicamente se operan en épocas de angustia y de tensión, no es de sorprenderse por cierto que tanto, históricamente como en la actualidad, hayan surgido en Colombia ciertos movimientos esporádicos que bien valdría la pena examinar en mayor detalle.

Recientemente los autores tuvieron la oportunidad de presenciar un movimiento apocalíptico, en una región muy remota del país. Entre 1960 y 1963 estuvimos encargados por el **Institute of Andean Research**, bajo el patrocinio de la **National Science Foundation**, de un extensor plan de investigaciones arqueológicas en la Costa Pacífica de Colombia y fue durante este tiempo que recogimos los materiales que forman la base de este artículo. Las páginas que

siguen, sin embargo no constituyen un estudio propiamente dicho de los hechos observados sino se limitan a una simple descripción, a una presentación de datos. Creemos que, en el estado actual de las investigaciones sobre este tema y ante la reformulación de tipologías y conceptos teóricos, la mejor contribución que podemos ofrecer a los especialistas consiste en reunir un corpus de datos descriptivos precisos, sobre un caso específico.

El ambiente

El departamento del Chocó situado en la Costa Pacífica, entre la frontera con Panamá y el bajo río San Juan, es una de las regiones más atrasadas de Colombia. La mayor parte de su extensión está cubierta por la selva pluvial, en la cual los ríos constituyen el principal medio de comunicación interna, aunque existen líneas aéreas y algunas carreteras que comunican este Departamento con el resto del país y es posible, a diario, en pocas horas, viajar desde las ciudades de Colombia hasta la capital del Chocó.

El clima es caluroso y húmedo; la precipitación pluvial alcanza hasta 10.000 mm, por año. En efecto, las selvas del Chocó son probablemente una de las regiones tropicales más lluviosas del mundo. La población está muy esparcida a lo largo de los ríos y en la costa, pero se concentra ante todo en el área del Quibdó, la capital del Departamento. La densidad de población del Chocó es de 3,3 habitantes por kilómetros cuadrados y se cuenta con 161.666, de los cuales 136.230 viven en ranchos dispersos¹ y 25.430 en pequeños centros nucleados. El 66.7%² de las poblaciones tienen menos de 200 viviendas y solo existe un 8.3% con 500 a 1.000 casas. Quibdó, con sus 9.640 habitantes, es la única ciudad que tiene más de 1.000 viviendas. Pueblos tales como Nuquí son de 1.170 habitantes Puerto Pizarro de 180. En el Chocó la vivienda, por lo general, está construida con materiales vegetales que se encuentran en la región; más del 93% de las viviendas carece de servicios sanitarios, instalación de agua y alumbrado eléctrico.

El nivel de salud es el más bajo de los departamentos de Colombia. La esperanza de vida al nacer es sólo de 35 años. Hay algunas zonas, tales como el Bajo Atrato y los manglares del Bajo San Juan y Bajo Baudó, que se clasifican, dentro del país, como zonas insalubres permanentes. Precisamente allí más de la mitad de la población sufre periódicamente de malaria. Se estima también que las fuentes de agua del Chocó están contaminadas en su totalidad, lo que causa, entre otras, enfermedades gastrointestinales, las cuales constituyen una de las causas de morbilidad y mortalidad más frecuentes. El número de camas en hospitales por mil habitantes es de 1,28. En cuanto a educación, la situación es también muy precaria y la mayoría de los chocoanos son analfabetos (72.7%).

1. La población indígena vive en ranchos dispersos.

2. Los pueblos mencionados en este artículo son habitados por negros mestizos.

La población del Chocó, quizá un 80%, es estrictamente negroide. Sus antepasados fueron los esclavos que, en la época de la colonia, trajeron los españoles de las costas Guinea y del Congo con el fin de explotar las minas de oro de Antioquia y del Chocó. Aunque biológicamente ha habido muy pocos cruces con blancos o indios, culturalmente el negro chocoano tiene escasas retenciones africanas, las cuales se expresan especialmente en su música y en su baile. El resto de su cultura, en líneas muy generales, es la criolla del mestizo colombiano.

La mayoría de la población negroide es dedicar, en pequeña escala, a la agricultura, selvicultura, caza y pesca. Trabajan en la industria maderera, cortando troncos y llevándolos a los varios aserraderos de las bocas de los ríos y también en la explotación de las minas de aluvión de oro y platino. Muchos negros migran periódicamente a los ingenios de azúcar del vecino y desarrollado Departamento del Valle, para trabajar unos meses allá y luego regresar al Chocó y vivir descansadamente el resto del año, del ahorro hecho por fuera. Además existe una tendencia reciente de migrar, de los negros chocoanos, hacia los puertos y hacia algunas capitales del interior donde encuentran mejores niveles de vida.

La población negroide, principalmente de los ríos San Juan y Baudó, dependen fuertemente, para su economía, transporte y curación de enfermedades, del indio, el cual allí tiene un nivel de vida más alto que el negro en cuanto a: salud, vivienda, limpieza, alimentación y recreación. No obstante, los negros enfatizan sus status civilizado haciendo hincapié en sus conocimientos religiosos, pues se consideran profundamente católicos, lo cual constituye para ellos un verdadero orgullo. Las autoridades gubernamentales y eclesiásticas son en general mestizas o negroideas, pero nunca indígenas.

Para el común del forastero el Chocó constituye un verdadero infierno verde, por la selva, los manglares, el clima lluvioso y sus peligros materiales que se exageran por lo general. En cambio para el negro y el indio chocoanos la lluvia y la vegetación regional son vistas con naturalidad y en sus conversaciones diarias no se oyen casi nunca quejas sobre las condiciones que les ofrece su medio ambiente natural. Aunque el Chocó es muy rico en maderas, platino, oro etc. Sobre todo en el Departamento pesa una atmósfera de miseria material y moral, de lo cual la población negroide sí está consciente y lo formula como crítica “al gobierno y a los blancos por tenerlos olvidados”. Existe una humildad muy resentida contra: “la suerte”, contra las compañías mineras foráneas que trabajan en el chocó y en general contra la falta de comida, escuelas, médicos y comunicaciones.

La población indígena, que constituye quizá un 15% de la del Chocó, esta formada por indios: Noanamá, Emberá y Kuna. Ya que los sucesos que describamos a continuación se desarrollaron entre los negros y los indios de las primeras dos tribus, cabe aquí algunas palabras sobre sus características.

Los Noanamá ocupan principalmente la parte baja el río San Juan y parte de sus afluentes, así como algunos de los ríos que desembocan en el Océano Pacífico. Los Emberá, tribu mucho más numerosa, dispersos sobre una gran extensión del Chocó, principalmente en los afluentes de los ríos Atrato, Baudó y parte alta del

ríos San Juan. Estas dos tribus son de típicos indios selváticos, agricultores en pequeña escala pero derivando buena parte de sus subsistencia de la caza, pesca y recolección. La mayoría de los hombres hablan algo de español pero apenas lo suficiente como para servirles de lengua franca en sus ocasionales comercios con los negros o para servir de bogas, leñadores o trabajadores agrícolas ocasionales. Muchos indios han sido bautizados y casados católicamente, pero ambas tribus están aun poco aculturadas y mantiene la mayor parte de su cultura. Sus prácticas shamanísticas giran alrededor de ritos de curación de enfermedades, pero los Noanamá reconocen la existencia una divinidad suprema (**Evandamá**) quien personifica una fuerza del bien, mientras que en los Emberá las representaciones sobrenaturales se conciben como espíritu de las selva, a veces peligrosos.

En la región donde se desarrollan los hechos que forman la base de nuestro estudio, existen, por la época, solo dos centros misionales: La Misión de Catrú, en el alto río Baudó y la de Noanamá en el curso medio del río San Juan. Ambas misiones funcionaban con un mínimo de sacerdotes y monjas, a cuyo cargo está una vasta región de selvas, ríos y playas, con sus habitantes negros e indios dispersos en pequeños caseríos y ranchos aislados. La escasez de sacerdotes y las grandes dificultades de transporte hacen que muchas zonas poco atendidas por los misioneros y que los conceptos religiosos de la población negra se formulen sobre el nivel de un catolicismo popular penetrado por creencias mágicas de origen mediterráneo medioeval, indígena y aun africano. Aunque la mayoría de la población profesa la religión católica, en teoría y práctica las creencias religiosas siguen girando alrededor de ideaciones mágicas.

La situación

Saliendo de Buenaventura los primeros días de enero de 1960, entramos a la desembocadura del río San Juan y nos demoramos algunas semanas en la zona deltica, antes de subir el curso del río. Ya pronto, después de haber establecido los primeros contactos con los negros e indios de las riberas, observamos que toda la población se encontraba en estado de angustiosa espera de un evento extraordinario: la llegada de un hombre que predicaba, curaba enfermedades y profetizaba importantes acontecimientos para el porvenir. En diversas poblaciones y por parte de diferentes personas, estas expectativas fueron en términos muy variados pero podemos resumir aquí las informaciones recibidas en aquella región, de la manera siguiente.

Según decía la gente, sobre todo los negros, había llegado al Chocó hacia algunos meses, un hombre forastero que actualmente estaba en las cabeceras del río Baudó. Se suponía que procedía de Quibdó, la capital del Departamento, a donde había llegado subiendo por el río Atrato, desde el golfo de Urabá. Actualmente bajaba el río Baudó, para dirigirse luego a través de los manglares de Puerto Pizarro, Ijua, Orpúa, Pichimá y Togoramá, a la desembocadura del San Juan. De allí, se esperaba que subiera el río San Juan. Según todas las informaciones dadas por los viajeros, aquel hombre era oriundo de uno de los Departamentos del interior del país, talvez del Tolima o de Antioquia. Era un mestizo, con larga cabellera y

barba, que vestía una especie de sotana. No llevaba equipaje y era muy parco para comer. Viajaba solo y generalmente evitaba los centros de mayor población, pero a él se agregaba una multitud de negros e indios que lo acompañaban de poblado en poblado, y lo llevaban en sus canoas con demostraciones de mucho respeto.

El hombre se conocía simplemente bajo el nombre de “El Hermanito”. Algunas personas afirmaban que se llamaba Jesús María, mientras que otras decían que su nombre era Anselmo. De todas maneras llevaba el nombre de “un santo muy grande” y algunos decían que su nombre completo era Jesús María Cristo y que era “hermano del Ecce Homo”. Otros decían que era un gran pecador que hacía penitencia pero que, de todas maneras, era una “persona divina”. En efecto, el hombre era un “santo” pues predicaba contra el pecado, decía misa, llevaba una vida ejemplar de abstinencia y, fuera de curar enfermedades, hacía muchos milagros. Sin embargo, aunque la gente esperaba de él muchos beneficios para el cuerpo y el alma, también temían su llegada porque se decía que el Hermanito hacía muchas especulaciones. Algunos decían que solo pronosticaba el curso de las enfermedades, mientras que otros opinaban que anunciaba la llegada de otros “santos” más poderosos. Aún afirmaban rotundamente que el Hermanito anunciaba nada menos que el próximo fin del mundo.

No es de sorprenderse que en una región como la del río San Juan, donde las enfermedades, el hambre y la miseria son condiciones normales de la existencia, estos rumores causaron un profundo impacto. La esperanza se mezclaba con el temor y en todas partes se hablaba del Hermanito, de sus curaciones milagrosas y de sus predicciones y de sus predicciones funestas. Al paso que subíamos el río notábamos que aumentaban los rumores. Los indios Noanamá quienes, en la parte baja del río, se habían mostrado indiferentes o, por lo menos, escépticos, también parecían ahora inquietos, pero veían ahora en la llegada de Hermanito Más bien ventajas. En primer lugar, opinaban que se trataba ante todo de un defensor de los indios, un benefactor quien reprendería a los negros por el mal trato que daban a los indígenas y que les traerían mercancías y regalos. En segundo lugar, los indios no se preocupaban de las curaciones que hacía el Hermanito; ellos tenían sus propios curanderos y sus medicinas tradicionales, más eficaces, que cualquier remedio de los “civilizados”. Solo algunos de los ancianos hacía recordar a los demás que en los antiguos mitos tribales se hablaba de cataclismos de un “Fin del Mundo”. Pero más bien la actitud de los indios fue de curiosidad sin temor. Lo más probable según ellos, era que viniera un “hombre bueno” trayendo regalos.

Al subir el río, nos demoramos a veces algunos días y aun semanas en un mismo lugar y los rumores de la próxima llegada del hermanito se intensificaban más y más. Al llegar al pueblo Noanamá el 17 de febrero encontramos una situación muy tensa entre los negros. De todas maneras, en esta población se habían producido ya anteriormente algunas fricciones, pues en años anteriores había vivido allí un misionero protestante que había convertido a algunos de los habitantes a su secta. Al retirarse el misionero, sus adeptos se habían dispersado, pero algunos mantuvieron una actitud algo desafiante frente a la Misión católica. Los persistentes rumores acerca de la próxima llegada del Hermanito contribuyeron ahora, hasta cierto punto a allanar las divergencias del pasado, sobre todo cuando

se decía que el Hermanito predicaba la religión cristiana, pero sin comprometerse ni con el catolicismo ni con el protestantismo. Los misioneros católicos de Noanamà tomaron estas confusas noticias con calma, pero no con indiferencia. Trataron de evitar las discusiones sobre el “santo” y sus “milagros” pero al mismo tiempo no dieron ningún motivo para dar la impresión de que menospreciaban al Hermanito. Por lo contrario, daban a entender que probablemente se trataba de un buen cristiano que ni intentaban ningún mal y que sería recibido como cualquier otro viajero de buenas intenciones. Por cierto, esta misma actitud de tolerancia la adoptó el clero en casi todas partes por donde pasaba el Hermanito. Lo mismo, las autoridades civiles siempre mantuvieron una actitud muy prudente y en casi todas las poblaciones el Hermanito fue hospedado en casa de una de las personas principales o en la escuela. No obstante, corrían muchos rumores sobre la “persecución” que estaba sufriendo el Hermanito.

El 20 de febrero seguimos de Noanamà río arriba y demoramos hasta el 6 de marzo antes de volver nuevamente al caserío. Ahora el Hermanito estaba cerca de la expectativa había llegado a un punto culminante. Ya habían llegado algunas personas que habían visto al Hermanito, que habían viajado con él y que se decían testigos de sus milagros. Que se acercaba, seguido por docenas de canoas y centenares de personas. Cada momento se esperaba su llegada y la gente del pueblo se reunía en el barranco del río a ver si se podían distinguir las primeras canoas a través de la neblina y la lluvia.

Los rumores que circulaban entonces en Noanamà eran los siguientes: el Hermanito, se decía, era Nuestro Señor Jesucristo en persona quien apareció como humilde viajero, pobre y sin bienes terrestres, para salvar sus fieles. Iba perseguido por el clero y las autoridades pero la multitud de negros e indios que le seguía, lo amparaba y defendía y, además, hacía tantos milagros que aun los más incrédulos tenían que convertirse y tener fé en su poder. Que curaba toda clase de enfermedades, bendecía las piedras y el agua, que predicaba contra el pecado y anunciaba el Fin del Mundo para la Semana Santa de este mismo año. El Viernes Santo al mediodía, el Hermanito se convertía en una paloma blanca y subiría a los cielos de donde luego se oiría su voz, invitando a los fieles a renunciar los placeres y bienes de este mundo, para salvar sus almas. El Fin del Mundo era ante todo un castigo para los ricos, los comerciantes, los sacerdotes, las autoridades y la gente de las grandes ciudades. Los negros e indios, sin embargo, podían tal vez salvarse si seguían en detalles los consejos del Hermanito.

La situación con el hermanito presente

El hermanito llegó a Noanamá el día 8 de marzo estando nosotros en ese pueblo y pudimos observar los hechos que describimos a continuación. Unas 15 canoas atacaron al pie del barranco y un centenar de personas, en su mayoría hombres negroides, subieron al pueblo. Mientras que algunos de ellos fueron a hablar con el Inspector, el Hermanito, seguido por otros, se dirigió inmediatamente hacia la iglesia de la Misión. Era mestizo alto negroide, de unos 30 años de edad, de baja estatura y que caminaba con pasos rápidos y cortos mirando al suelo. Llevaba un largo camión de tela negra recogido en la cintura con cordón e iba descalzo. El

largo cabello ondulado, negro y desordenado le caía sobre los hombros y tenía una larga barba. Después de entrar rápidamente a la iglesia, cayó de rodillas ante el altar y permaneció así rezando silenciosamente. Al poco rato la iglesia se había llenado de gente, todos en actitud de profunda devoción. Encendían espermas delante de los altares poniéndolas sobre grandes tejas de zinc. Algunas monjas entraron, preocupadas, y comenzaron a arreglar las espermas para impedir algún accidente en la iglesia. El Padre Superior se mantuvo en el fondo, observando la escena, sin interferir. Más y más gente llegaba con paquetes de espermas, hasta que había más de 400 luces, alumbrando todo el interior de la iglesia. Media hora después el Hermanito se levantó y, persignándose, salió a la calle. En quien, mientras tanto, le había ofrecido su hospitalidad. Era tarde y la multitud se dispersó en silencio. Solo frente a la iglesia habían pequeños grupos discutiendo: que el Padre había cerrado la puerta de la iglesia con llave pero que se había abierto milagrosamente cuando vino el Hermanito; que al Padre no le gustaba nada la cosa y que seguramente no iba a permitir que el Hermanito “predicara”; Padre le iba a prohibir volver a la iglesia.

El próximo día y en los días que le siguieron, vimos que el Hermanito visito la iglesia con frecuencia sin que nadie se lo impidiera. Rezaba en silencio y en una ocasión hablo por corto rato, diciendo en voz baja que todos debían vivir como cristianos; que era malo que hombres y mujeres se pelearan; que los niños debían educarse con mucho cuidado. Recomendaba la oración, la abstinencia del alcohol y termino abruptamente para salir a la casa donde ahora lo esperaban los enfermos. Esta “predica” fue interpretada prontamente en términos muy distintos. Se decía que había criticado al clero y a las autoridades; que había maldecido los comerciantes y amenazado con grandes castigos y desastres. A diario y equivocadamente se oía ahora que el Hermanito se había esto o aquello. Que lo estaban persiguiendo pero que siempre sabia escapar milagrosamente; que terribles castigos iban a caer sobre las ciudades y los incrédulos, pero que los que tenían fé en él se iban a salvar. Se hacían muchos comentarios sobre sus costumbres cotidianas. “El no come ni un bocado de comida; solo come naranjas” se decía. Eso por cierto no era verdad pues lo vimos comer de buenas ganas, pescado y plátano. El Hermanito llevaba ahora una pequeña tela blanca en el cuello y esta “toallita” fue objetas de muchas especulaciones. La gente decía que la “toallita” era aparentemente era muy pequeña pero se agrandaba milagrosamente cuando el Hermanito iba a acostarse. Se convertía en una tela grande que lo cobija enteramente y por la mañana se reducía otra vez a tamaño pequeño. “La toallita la tiende y le hace cruz, hincado de rodillas, y se acuesta” decían los que lo habían observado a través de las rendijas de las paredes; “pero no se acuesta como uno, sino boca abajo” se comentaba. Los menos crédulos decían ahora que el Hermanito no era Cristo sino un “Santo”. Pero cuál Santo? Muchos opinaron que era San José, al juzgar por una ilustración que adornaba un almanaque popular. De pronto se rumoró que el Hermanito tenia algunos dientes de oro y eso puso en duda su “santidad”. Quien había oído hablar de un Santo con dientes de oro? El asunto se discutió con gran seriedad. De todos modos, el Hermanito tenia “mucho misterio”. Santo o no, era un enviado de Dios, un defensor de los pobres y un benefactor de los enfermos. En eso coincidieron católicos y protestantes y estos últimos comenzaron ahora asistir al Rosario que se rezaba por las noches en la iglesia de la Misión.

En estos días habían llegado más indios Noanamá. Para ellos la situación era muy distinta. Según los indios, el gobierno, en vista de la miseria en que vivían los indígenas, había comenzado a repartir dinero y camisas. Esta carga había llegado a Buenaventura pero los negros encargados de recibirla y de repartirla entre los indios, se habían robado todo. Los indios visitaron la iglesia, asistieron a veces a misa y Rosario pero no se preocupaban mayormente por el Hermanito. Ninguno de ellos buscó sus servicios como curandero. Lo miraban con curiosidad, diciendo que era “bueno” pero que los negros se habían aprovechado de ellos al robarse los “regalos” del gobierno.

La principal actividad del Hermanito, en esta población, fue la de curar enfermedades. Estas curaciones se efectuaban de la manera siguiente: Hermanito designó a algún hombre como “secretario” y le hizo copiar una cantidad de “recetas” en pequeños trozos de papel. En presencia de este “secretario” y de otras personas recibía luego cada enfermo individualmente y le pedía que le describiera sus síntomas. A veces tocaba la cara de los pacientes o los masajeaba levemente en las partes afectadas por la enfermedad. Luego preguntaba algo sobre la vida familiar o las costumbres alimenticias del enfermo y le decía: “¡El que tenga fé en Dios y en la Virgen Santísima, se curará. Debéis tener fé en mi para curarte!”. Le entregaba luego dos pequeñas píldoras hechas de barro amarillo, que tenía sobre un platico y el enfermo debía tragarse éstas con sorbo de agua. Al retirarse el enfermo, el “secretario” le daba el trozo de papel con la “receta”; ésta consistía en algunos cortos consejos sobre la dieta que debía seguir la persona y aconsejaba alimentos tales como jugo de naranja, tomates frescos, evitar comidas fritas y grasosas etc. Cada enfermo recibía la misma “receta”, sin variación. Cada enfermo, antes de presentarse ante el Hermanito tenía que conseguir de antemano cierta cantidad de barro amarillo y amasarlo en forma de una o dos bolsas o “panes”. Además debía recoger dos piedras redondas, lisas y algo aplanadas, de unos 10 cms de largo. El Hermanito bendecía luego el barro y las piedras. El enfermo usaba estos objetos en la siguiente forma: del “barro milagroso” podía hacer pequeñas píldoras para tomarlas periódicamente o podía pintar, con una solución líquida del barro, las partes del cuerpo que estaban afectadas por la enfermedad. Las piedras debían hervirse en agua y esta se debía beber en caso de nuevos achaques o recaídas. Tanto el barro como las piedras debían recogerse en un lugar apartado de las viviendas y donde no hubiera pisadas de gente o de animales, sobre todo de cerdos. En ningún caso el Hermanito recibía dinero por sus curaciones pero a veces aceptaba regalos tal vez unos huevos, naranjas u otras frutas, pero generalmente regalaba estas donaciones, sea al dueño de la casa donde posaba o sea algún enfermo. Con frecuencia el Hermanito aconsejaba a los enfermo bañarse en alguna fuente o quebrada cercana. Los baños debían repetirse 7 veces y la persona debía echarse agua con una totuma, siempre en números impares, es decir 3,5 ó 7 totumadas. La gente comentaba que cada vez que bañaba a un enfermo así, aparecía cerca del agua un “letrero” con el nombre de la persona y que luego desaparecía milagrosamente, al terminar la persona el baño. Durante los tratamientos con barro y agua, que los pacientes debían seguir por semanas y meses, les estaba prohibido consumir bebidas alcohólicas, una restricción que no fue bien recibida por los dueños de las tiendas donde se vendía ron y cerveza. Los resultados de estas curaciones se consideraban como francamente “milagrosas”. En Noanamá

recibimos, de testigos oculares, los siguientes datos: en primer lugar, casi todas las personas afirmaban enfáticamente sentirse inmediatamente aliviadas después de haber visto al Hermanito y tomado las píldoras de barro. Gripes, fiebres, disfunciones intestinales, afecciones cutáneas, desaparecían prontamente. En segundo lugar, fue obvio para nosotros que las curaciones más “milagrosas” se produjeron en personas que decían padecer de sordera, de personas mudas, y de “tullidos” o “encogidos”, es decir de quienes tenían algún miembro paralizado o anquilosado. El Hermanito hablaba largamente con estos pacientes, dándoles leves masajes en las orejas, labios, brazos o piernas. Prontamente, se decía, los enfermos recuperaban las facultades perdidas; comenzaban a hablar o a oír. “Soltaban” sus manos, brazos o piernas y caminaban o gesticulaban libremente. Una niña muda, de unos 7 años, dijo claramente “Sí” cuando el Hermanito le ofrecía una naranja. Otros niños y adolescentes que se designaban como “mudos” pronunciaron palabras como “mamá”, “papá”, “naranja”, “agua”, lo que se tomaba como prueba certera de que habían recuperado el habla. Cuando recibía sus pacientes el hermanito hablaba más bien poco. Se decía que a veces preguntaba abruptamente: “¿Será verdad que estas aprendiendo oraciones mala?” o “¿Es verdad que estas pensando en otra mujer?”. Como mucha gente se sentía aludida, corrió pronto el rumor que tenía el poder de leer los pensamientos de los pacientes. Estas ocasiones llevaron a veces a una confusión entre los términos “adivinos”. También se decía que el Hermanito hablaba todos los idiomas: Noanamá, Emberá, inglés y aun chino.

Desde luego, en ocasiones trajeron al Hermanito enfermos cuyo estado era muy grave y que no reaccionaban favorablemente a los tratamientos. De estos casos sin embargo no se hacían mayores comentarios y los familiares se apresuraban a decir que, de todos modos, los pacientes se sentían muy aliviados después de haber consultado al Hermanito. En otras ocasiones las prescripciones del Hermanito eran algo vagas y podían interpretarse de varias maneras. Por ejemplo, a una muchacha que padecía de un mal no identificado, aconsejaba buscar prontamente “una población en el Departamento del Tolima donde hay una cruz en el cerro y dos fuentes de agua al pié de la cruz”. Allí debía bañarse para curar este mal. Consejos como este causaron cierta consternación pues la gente se daba cuenta que debía haber muchas poblaciones con estas características.

Sin embargo, los rumores sobre el éxito de las curaciones aumentaron día a día y continuamente llegaba a Noanamá más canoas con enfermos y curiosos. Se produjeron escenas difíciles de describir. Canoas llenas con enfermos atracaron en la orilla del río los familiares o voluntarios los llevaban al pueblo. Tullidos y paralíticos, hombres que apenas podían tenerse en pié, niños agonizantes, idiotas, sordomudos invadían las calles y las casas. En pocos días se agotaron los escasos recursos del poblado y no había pescado, ni plátano, ni otros alimentos básicos. El hacinamiento en las casas obligó a muchos a buscar abrigo en chozas alejadas o aun a dormir a la intemperie. Se propagó una fuerte gripa, aumentaron los ataques de malaria y los casos de disentería. Frente a la casa donde se había instalado el Hermanito había una larga cola de enfermos y curiosos que esperaban turno bajo la lluvia, en medio del fango y la basura. Muchas personas se habían embadurnado las caras con barro amarillo o iban medio desnudas, con el cuerpo pintado con barro en los lugares donde sentían un malestar. Día tras día desfilaba

así una multitud de enfermos por la pequeña choza donde los recibía el Hermanito y mientras tanto llegaban más canoas llenas de gentes, a veces después de días de penoso viaje y procedentes de regiones muy apartadas.

Pero además de las curaciones, el Hermanito hacía otros “milagros”. En potedó, a poca distancia río debajo de Noanamá, se habían reunido unas 150 personas para esperar la llegada del Hermanito. Hacía mucho calor y el Hermanito manifestó tener sed pero solo había unas 3 ó 4 naranjas disponibles para hacer una bebida refrescante. Con muchas excusas algunas mujeres prepararon media jarra de agua con jugo de naranja, pero pronto se vio que la jarra era “milagrosa”. Ciento cincuenta personas bebieron y cuando todos habían calmado su sed, sobraba aun una buena parte de la jarra. Este suceso nos fue relatado el mismo día por varias personas que decían haber estado presentes, entre ellos algunos trabajadores de Buenaventura que iban de paso y que, al comienzo habían estado algo incrédulos de los milagros.

Aunque todos estos sucesos llenaban a las gentes de alegría y esperanza, un gran temor pesaba sobre todo el ambiente. El Hermanito había hecho varias “predicas” en diversos lugares de la costa y del bajo río San Juan, delante de varios centenares de personas, y ahora comenzaron a circular rumores sobre el contenido de estas alocuciones. En efecto, decía la gente que en sus sermones el Hermanito predecía un próximo cataclismo universal, como castigo por los pecados de la humanidad; se produciría una gran “obscurana” y el próximo Viernes Santo (15 de abril), el mundo iba a acabarse. La “obscurana” comenzaría el 13 de abril y la única luz que habría entonces serían las espermas bendecidas por el Hermanito o por un sacerdote católico. Además, todos los animales domésticos de color rojo tales como cerdos, perros o gallinas, adquirirían dimensiones gigantescas e iban a devorar a sus dueños. Lloverían vacas y cerdos monstruosos. Varias poblaciones “pecadoras”, entre ellas la Misión de Catrú, se iban a “hundir”. Todas las escopetas y otras armas de fuego iban a dispararse poniendo en peligro la vida de sus dueños. Los que no creían en las profecías del Hermanito (y nos consta que fueron pocos), se exponían a grandes peligros, pues el Hermanito los maldecía. Los parientes de una de estas víctimas nos contaron el siguiente caso: un hombre que vivía cerca del pueblo, declaraba que no creía en el Hermanito y que iba a darle un tiro con su escopeta. Por la mañana los parientes encontraron la puerta cerrada y al abrirla a la fuerza encontraron en el interior al hombre, postrado en el suelo, con brazos y piernas paralizados.

Según la gente, al hacer estos presagios funestos, el Hermanito pedía a los fieles actos de contrición y de penitencia. Todos debían hacer cruces de madera blanca y llevárselas para su bendición, para colocarlas luego en las orillas del río o en las casas, como protección. También debían proveerse de una gran cantidad de espermas para el evento de la “obscurana” y naturalmente, pronto se agoto la provisión de espermas en las tiendas de los pueblos, vendiéndose los últimos precios exorbitantes. Las personas que poseían animales domésticos de color rojo o rojizo (cerdos, gallinas, perros) debían matarlos inmediatamente o venderlos a precios muy bajos, a personas que vivían fuera del vecindario, mejor aun forastero. También regalar o vender sus escopetas. Mucha gente cumplió estos consejos al

pié de la letra. Mataban sus gallinas y cerdos, aun los de cría, para comérselos antes de Semana Santa. Los perros de caza, frecuentemente bastante costosos (valían hasta \$.500.00), fueron encerrados en grandes canastas, junto con algunas piedras pesadas, y botados al río. En todas partes nos ofrecían gallos y gallinas a precios bajísimos o aún como regalo, y así mismo fueron regalados los cerdos o vendidos por unos pocos pesos al primer postor. Se decía que el Hermanito había dicho también que, ya se acercaba el Fin del Mundo que no se debía trabajar en los cultivos sino dedicarse a la meditación y a la penitencia.

Esta sistemática destrucción de la economía local era bien aprovechada por algunos elementos, generalmente forasteros, que viajaban a lo largo del río y de la costa para comprar, a precios de subasta, grandes cantidades de cerdos y gallinas para venderlos luego en los próximos centros de poblados, donde las profecías no habían encontrado mayor eco. Pero también los pequeños comerciantes establecidos en los caseríos cercano aprovecharon muy activamente la consternación general, sea vendiendo espermas, escapularios, o alimentos a precios muy altos, o sea comprando cerdos y gallinas. Por cierto, estos mismos comerciantes no estaban muy contentos con las adminiciones del Hermanito, ya que esta predicaba abstinencia de bebidas alcohólicas.

A los indios Noanamá, el Hermanito daba instrucciones muy específicas: que los hombres debían vestirse con camisa y pantalones pero que las mujeres debían ir desnudas de la cintura para arriba. En efecto, muchas mujeres de la Misión, que ya desde hace años llevaban vestidos, se los quitaron ahora e iban desnudas por las calles. También se dijo que el Hermanito ordeno a los indios que debían botar al río todos sus collares o “chaquiras”, junto con sus orejeras de plata y que el Viernes Santo no debían hacer ningún ruido. También debían construir paredes alrededor de sus tambos abiertos. Por lo que pudimos observar, fueron pocos los indios que obedecieron a estas instrucciones, salvo en el caso de la vestimenta femenina. El cambio más notable, sin embargo, fue que de ahora en adelante el término “compa” (compadre), usual entre indios y negros de esta región, fue reemplazado por el término “hermano”.

La situación después del paso del “hermanito”

El día 22 de marzo salimos de Noanamá río abajo, para navegar nuevamente por la zona de delta y dirigirnos luego, a través de los manglares de la costa, hacia el Norte. En otras palabras, recorrimos entonces exactamente la misma ruta por la que había pasado, algunas semanas antes, el Hermanito en su trayecto del río Baudó a Noanamá. Este viaje, durante el cual nos demoramos en casi todas las poblaciones donde había estado el Hermanito, viviendo a veces en las mismas casas donde él había pernoctado, nos dio la ocasión de observar entonces el impacto producido por éste, a su paso por la costa.

Entre los indios del Bajo San Juan los precios de muchos víveres que ellos vendían a los negros habían bajado muy considerablemente. Una “ración” de plátano (es decir un racimo) que antes se vendía a \$ | . 3.00, se vendía ahora a un

peso; los huevos que antes costaban de 10 a 15 centavos, se bajaron 2 1/2 centavos. Sin embargo, pocos indios Noanamá habían seguido el consejo de matar sus animales domésticos o vender sus escopetas. “Nos da lastima matar a nuestros perros” decían, “seguro no nos harán daño”.

En Togoromá, un testigo ocular nos conto que, estando en esta población, el Hermanito quería bañarse en la Quebrada Cascajero y para llegar a este lugar tuvieron que ir en canoa por la costa, pero encontraron allí un tan fuerte oleaje que los cinco hombres que lo acompañaban iban a devolverse en vista del peligro. El Hermanito sin embargo insistió en seguir y, en efecto, alrededor de la canoa se calmó el mar y pudieron continuar el viaje. Al llegar a la Quebrada Cascajero el Hermanito se desvistió, recogió agua en una totuma y boto el líquido verticalmente al aire y el agua quedo suspendida como una columna; el Hermanito se paró debajo y dejó entonces caer el agua sobre su cuerpo. Al salir del agua resultó milagrosamente vestido de “un manto muy lindo” que luego desapareció súbitamente. En la misma población nos contaron que había una mujer, dueña de un pequeño negocio, que fue objeto de muchas criticas por vender alimentos a precios muy altos y que el Hermanito la visitó en su tienda y le pidió que rebajara los precios para favorecer a los pobres. Arrepentida la mujer se desmayó y el Hermanito tuvo que hacer un “milagro” para resucitarla.

En Pichimá, el Hermanito hizo una “predica” importante y, según fuimos informados por personas que habían asistido, decía lo siguiente: que cuando cogieran pescado, debían repartirlo en seguida y no guardar nada para el próximo día; cuando mataran un cerdo, debían vender solo la mitad y regalar la otra. Que “la riqueza era del demonio”. Predicó “contra la desnudez” y decía que las mujeres negras bebían llevar vestidos hasta los tobillos, con mangas largas y blusas cerradas hasta el cuello. Para educar a los niños, los padres debían tener en una mano la comida y en la otra el látigo. Que durante el juego y el trabajo casero, los niños debían estar separados estrictamente por sexos. Añadía, dicen, que había venido para anunciar el Fin del Mundo, el viernes de la Semana Santa. En aquel día habría un terrible terremoto y todos los árboles quedarían con las raíces en el aire y con las ramas en la tierra. Únicamente rezando y haciendo buenas obras, tal vez, podían salvarse las gentes de la catástrofe y, en este caso, solo habría “un cambio de mundo”, es decir un cambio de valores y precios de todas las cosas, en beneficio de los pobres. Se decía además, que aquellas poblaciones o ciudades cuyos habitantes no creían en él, recibirían terribles castigos y se citaba el caso de la ciudad de Pasto, en el sur de la República, que había “hundido” porque allí las autoridades pusieron preso al Hermanito cuando estaba predicando. Después de la “predica” de Pichimá el Hermanito repartió una papaya pequeña entre centenares de personas y, según nos contaron los testigos todos comieron.

En Víbora, pequeño caserío en los esteros de Pichimá a donde llegamos el 1 de abril, encontramos a los negros aterrados, implorándonos con lágrimas darles alguna esperanza. “Estamos muy asustados” decía la gente; “Ya no dormimos de noche”. En todas las casas que visitamos estaban dedicados a torcer látigos de cuero de venado pues decían que el Hermanito les había ordenado que debían flagelarse durante los últimos días precedentes al Fin del Mundo. Los rejos debían

colgarse mientras tanto en el exterior de las puertas y además debían ponerse cruces de madera blanca en las orillas del río y en los techos de las casas. Fuera de las curaciones que el Hermanito había hecho en la región, nos hablaron en detalle de otros “milagros”. Al llegar al “secadero” entre Pichimá y Togoromá, estrecho canal en los manglares donde sólo se pueda pasar con marea alta, la canoa que traía al Hermanito no había encontrado suficiente agua y había quedado encajada en el fango; los bogas sabían que la marea iba a subir dentro de algunas horas y se disponían a esperar, pero súbitamente llegó el agua y pudieron pasar, pero al mirar hacia atrás, vieron que el agua se retiraba nuevamente, quedando otra vez seco el canal. Lo mismo ocurrió en el “secadero” de Orpúa donde también había llegado con marea baja pero conjuro las aguas y pudo pasar sin demora. Su dominio sobre los elementos se demostró en esta región en muchas ocasiones. Varias veces, al acercarse un fuerte aguacero, sus compañeros le ofrecieron una capa para abrigarse pero el Hermanito decía que no la necesitaba. En efecto, según decía la gente, las nubes pasaron sin que cayera una gota de agua. A veces llovió fuertemente en un círculo alrededor de la canoa, pero no sobre ella, de manera que los pasajeros no se mojaban. En todas partes los bogas aseguraban que no habían sentido ninguna fatiga cuando llevaban al Hermanito en sus canoas. “El no es cosa de este mundo” decía la gente; “Jesucristo lo mandó a recorrer esta tierra para dar aviso”. En Viborá, la situación alimenticia era verdaderamente precaria. La gente no trabajaba en sus cultivos desde que había pasado el Hermanito y prácticamente no tenían comida; habían matado a muchos animales y ofrecían las últimas gallinas rojas a 3 pesos.

En Ijuá, mientras que hablábamos con el Inspector, vino un hombre de uno de los ríos cercanos y contó que los indios Emberá habían vendido, regalado o matado casi todos los animales rojos. Los cerdos se vendían a 4 pesos. En la región de Orpúa los indios tenían algunas reses “en compañía” con los negros pero ahora, en los últimos días de marzo, avisaron que iban a matar a todo el ganado, botándolo a los esteros cercanos. También nos contaron que se habían recibido noticias que, procedentes de Buenaventura, habían llegado dos grandes buques a la desembocadura del río San Juan, para llevarse preso al Hermanito. Asimismo nos dijeron que en Munguidó un perro rojo había atacado a su dueño y lo había mordido, destrozándole una pierna. En Puerto España un gallo rojo había atacado a su dueño y este lo mató y lo hizo preparar para comérselo, pero no pudo pasar bocado porque la carne del gallo tenía un sabor tan amargo.

En Puerto Pizarro nos contaron el siguiente acontecimiento: nuestro informador había ido a ver al Hermanito quien, desde varios días ya, vivía en una casa del pueblo, y al entrar a la casa vio que el Hermanito estaba solo, arrodillado y rezando; para no molestarlo en su devoción, el visitante salió inmediatamente y se dirigió hacia el atracadero donde había visto un grupo de personas despidiendo una canoa que ya iba a cierta distancia de la orilla, y al preguntar nuestro informador quien iba en la canoa, le contestaron que era el Hermanito; sin embargo, pocos minutos antes lo había visto rezando en su casa. Otras personas nos contaron que un día, caminando por la calles del pueblo, el Hermanito vio que un hombre mató un cerdo y se acercó para pedirle que regalara la mitad de la carne a los pobres, pero éste no quiso y pocos días después murió, por maldición del Hermanito. Un

hombre procedente del río Atrato, donde el Hermanito había estado el año anterior, nos contó que en Riosucio un sacerdote ayudado por varias monjas había tratado de cortarle la barba pero el Hermanito las maldijo: “¡Ustedes van a parar en las cantinas!” y así fue. Las monjas, decía nuestro informador, se salieron de la Orden y el sacerdote se entregó al alcohol y se pasaba ahora tocando la guitarra en las fondas más bajas del pueblo. En esta misma región se comentó angustiosamente que el Hermanito había dicho que detrás de él por la misma ruta, venían otros que decían ser profetas o “Cristos” pero que no todos eran confiables. Que venía una mujer; que una pareja; que había varios “hermanitos” por todo el país. También se decía que venían un hombre y una mujer con mucha carga y que nadie debía fiarse de ellos y de ningún modo aceptar regalos de ellos.

En Catrú contaron que el Hermanito había asistido a la Misa de Gallo, en la iglesia de la Misión y en el momento de salir de la iglesia, un rayo había caído en sus pies, pero sin lastimarlo; el personal de la Misión nos afirmaba que no había caído tal rayo pero los indios Emberá insistieron en que sí habían visto el suceso. En lo general, los indios Emberá de la zona de Catrú, reaccionaron de un modo muy distinto al de los Noanamá del San Juan. Los Emberá sentían un verdadero pánico. Muchos botaron al río sus collares, objetos de plata martillada y aun su dinero. Sobre todo en el río Torraidó mataron o regalaron casi todos sus animales domésticos y en muchas casas había hambre y desolación.

En la Cuevita obtuvimos la siguiente información sobre el Hermanito. Estando éste en la población, “apareció milagrosamente” a un muchacho que estaba solo y enfermo en una casa en Virudó, a varias horas de distancia, y pronto el muchacho se curó de su enfermedad. Otro “milagro” ocurrió en el Chorro, lugar algo alejado de la población, donde hay una pequeña cascada. El Hermanito decidió ir a bañarse y, aunque no conocía el lugar, encontró en seguida el camino y después de bañarse en presencia de gran cantidad de personas que lo habían seguido, declaró que de ahora en adelante El Chorro quedaba bendito y que no debían bañarse en él las mujeres. Dos mujeres que no sabían de esta prohibición, fueron a bañarse y resultaron prontamente con fiebres y dolores de cabeza, obviamente un castigo por la infracción cometida. Hubo muchos comentarios acerca de las oraciones diarias del Hermanito. Se creía que “decía Misa” cuando estaba rezando. “Lo hace mejor que los curas; sólo le faltaba la compañía”, se comentaba. Al mismo tiempo la gente estaba preocupada por el hecho de que el Hermanito nunca se refería a la Virgen sino solo a Cristo. Esto se había notado ya en Noanamá donde el Hermanito nunca rezó delante del altar donde había una imagen de la Virgen sino en un altar lateral, donde se veneraba una imagen de Cristo.

En Nuquí nos refirieron al siguiente suceso. Las autoridades de Bahía Solano iban a poner preso al Hermanito y enviaron una lancha de motor a Nuquí para llevárselo y cuando el Hermanito puso el pie en la lancha, se apagó el motor y solo comenzó a funcionar de nuevo cuando el Hermanito salió de la embarcación. El próximo día el Hermanito ofreció voluntariamente ir a Bahía Solano. Se fue en la lancha y allí lo pusieron preso, pero por la mañana encontraron la cárcel vacía. No pudieron abrir el candado y tuvieron que romper la puerta con hachas.

Algunas semanas más tarde volvimos nuevamente hacia el río San Juan, pasando por los manglares y esteros. En todas partes, tanto en la costa como en los ríos, habían bajado los precios de los víveres, en un 70% aproximadamente. Muchas veces nos encontramos con personas que ansiosamente nos regalaban gallinas, huevos y frutas, sin querer aceptar nada a cambio. El Hermanito había dicho que, de ahora en adelante, no se debía trabajar más que tres días por semana y así la gente se quedaba en sus casas sin salir a los cultivos. Solo en las poblaciones más grandes seguía la vida su ritmo normal pero según allí se rebajaban los precios, salvo en los almacenes, y la gente pasaba el día en pequeños grupos, hablando y comentando las noticias. En el curso de estas semanas habían llegado cartas, o “cadenas” que debían copiar 24 veces y repartir a otras personas. El contenido de estas se refería a oraciones y nuevas predicciones del Hermanito y se aseguraba que el original era “por el mismo escrito”. La oración del Santo Sepulcro (Apéndice 1) y una carta con diversas noticias (Apéndice 2) circulaban ahora en todas partes y causaban muchos comentarios.

En Cabeceras, a donde llegamos a finales de abril, la gente decía que detrás de nosotros, procedentes del río Baudú, venía un “hermanito” que azotaría a todos aquellos que no estuvieran untados con el “barro bendito”. También se decía que “la plata ya no vale” y que todo el dinero, animales y herramientas debían arrojarse al río porque lo que poseía en estos momentos ya no tenía valor alguno únicamente lo que se ganara de aquí en adelante podría conservarse. Solo las monedas antiguas de plata guardaban su valor pero las nuevas monedas y billetes no tenían valor alguno. Otro rumor afirmaba que el Hermanito había “castigado” al Padre Superior de la Misión de Catrú y lo había “condenado” a servir una vez por año como acolito de la iglesia de Ráspadura, pequeño pueblo de las cabeceras del río San Juan donde se venera una imagen milagrosa. Circulaba ahora en Cabeceras una “oración secreta” (Apéndice 3) que debía rezarse tres veces, en combinación con tres Padres Nuestros y tres Ave Marías, y en el curso de los nueve días siguientes recibiría una gran fortuna. Los negros del aserrío de Cabeceras copiaban esta oración, las repartían por todas partes y aun la leían a los indios. Mientras tanto, río arriba, habían acontecido grandes desastres, decía la gente. La población de Noanamá se “hundió” y todos sus habitantes, misioneros, negros e indios perecieron. El aserío de Potedó, donde se había producido el “milagro de la multiplicación de la naranjada”, se había hundido, porque su dueño había maltratado a los pobres y no creía en el Hermanito. El mismo dueño, se decía, vivía ahora entregado al alcohol “por arrepentirse de sus maldades”.

Al bajar por el río San Juan, a través del territorio de los indios Noanamá, vimos delante de una casa grande una gran cantidad de canoas. Al acercarnos nos dimos cuenta que los indios estaban reunidos para celebrar un baile ritual en la casa de unos de sus principales shamanes. Aunque en estas ocasiones los Noanamá generalmente no toleran la presencia de personas extrañas, fuimos recibidos por el shaman e invitados a permanecer en su casa. En el centro de la casa colgaba una canoa ceremonial, pintada y adornada, sirviendo como tambor. Alrededor de ésta bailaban en círculo, grupos de hombres y mujeres, tocando flautas y cantando. Se había preparado chicha de chontaduro (**Guillielma gasipaes**) y en los fogones se preparaba comida. Sobre la

canoa colgaba un andamio y sobre éste se había colocado toda clase de frutas: canas tas con maíz, racimos de plátano, chontaduro, yuca, naranjas, y además una serie de herramientas utilizadas en la casa, pesca y agricultura. El viejo nos explicaba que la gente se había reunido para cantar y para “hablar con **Evandamá**”, su principal divinidad protectora. Decía que no creía en el Fin del Mundo y que seguramente su dios iba a proteger a los indios contra cualquier peligro. El baile y los cantos se prolongaron por muchas horas, pues cada rato venían nuevas canoas llenas de indios ataviados y pintados. Bajando el río vimos reuniones similares en varias otras casas. En todas estas había un ambiente de seguridad y fe de optimismo y esperanza. Bailaban y cantaban con la certidumbre de que las fuerzas sobrenaturales estaban dispuestas y que no iban a permitir ninguna catástrofe.

Pocas horas después llegamos a Puerto España y allí nos dieron las últimas noticias que se habían recibido de Cabeceras, el lugar de donde veníamos. Según se había sabido en Puerto España, el aserrío de Cabeceras. Otro “rico”, se había “hundido” en la tierra y que había sido imposible sacarlo, no obstante todos los esfuerzos; la tierra era demasiado dura y el hombre estaba muriendo, clamando por un sacerdote para confesarse. También aquí nos contaron que del Baudó venía una “Hermanita”, una mujer que vestía un traje compuesto de innumerables trapitos; tenía un seno descubierto, enfermo, lleno de llagas. Iba de casa en casa, pidiendo que le prestaran un rejo de cuero el ponía en una totuma con agua, para bañarse entonces el seno enfermo. En Puerto España habían sucedido muchos presagios funestos. Un gallo rojo tumbó una sartén que estaba puesta al fogón y causó un pequeño incendio. Un hombre, al volver a su casa, encontró allí un perro, un gallo y dos gallinas, todos muertos pero sin tener herida alguna y opinaba que “se murieron de la idea”. Cualquier percance fortuito era interpretado en función de inminentes desastres y habían llegado noticias certeras de grandes catástrofes ocurridas en otras partes. Evidentemente se trataba de acontecimientos reales: un gran terremoto en el Perú, un incendio en Buenaventura que arrasó varios barrios de gente pobre, unos accidentes de aviación y aún un eclipse lunar. Naturalmente, estos eventos se interpretaron como consecuencias directas de los presagios del Hermanito. Más y más poblaciones comenzaron a “hundirse”. Corrió la voz de que “se hundió Orpúa”, “se hundió Ijuá”, “se hundió Puerto Pizarro”. El mundo se iba reduciendo más y más alrededor de Puerto España y de un momento a otro se esperaba la catástrofe final.

Salimos de Puerto España para regresar a Buenaventura y mientras tanto el Hermanito el Hermanito seguía río arriba, a San Miguel, Dipurdu, Bebedó y Andogoya. Todavía faltaban pocos días para el Viernes Santo. Según supimos después, en su recorrido del alto río San Juan el Hermanito se dedicó ante todo a sus curaciones. Decían que hablaba incoherentemente que, tal vez, el Fin del Mundo se iba a producir más tarde, en otra ocasión, en otra Semana Santa; que las oraciones de los fieles habían logrado evitar el desastre y que había ahora cierta esperanza. Por fin llegó la Semana Santa. El Hermanito la paso rezando, encerrado en una choza. Paso el temor. La gente ya estaba cansada. Súbitamente el Hermanito decidió irse nuevamente río abajo, hacia Buenaventura. Se embarcó y, acompañado por algunos hombres, descendió el río.

El desenlace se produjo poco después. El Hermanito había bajado el río San Juan, pasado por Puerto España y se iba acercando a Buenaventura. Ya llegando al atracadero la embarcación en que viajaba quedó encallada en la popa pero aún rodeada de agua. Uno de los bogas le dijo: “¿Si eres Cristo, por qué no andas sobre el mar?” El Hermanito salió de la embarcación, como para demostrar otra vez su poder, y cayó al agua. Hubo risas y gritos de espanto. Por fin llegaron a la playa y subieron a tierra. El resto nos fue relatado en Buenaventura, en Cali y en Bogotá. Las autoridades de Buenaventura pidieron al Hermanito sus papeles de identidad y, al no tener ningún documento, lo llevaron preso. Le cortaron la barba y el cabello y lo fotografiaron. Fue identificado como un criminal que buscaba la justicia desde tiempos. Trato de huir y fue muerto a balazos.

Un año después visitamos la misma región. Pasamos por el bajo río San Juan y por los esteros de la costa, hacia Baudó. Todavía la gente sufría bajo el tremendo impacto que había hecho la visita del Hermanito sobre su vida económica; carecían de animales domésticos; habían dejado sus cultivos; en algunas partes la gente trabajaba solo tres días por semana, cumpliendo las órdenes recibidas el año anterior. Se hablaba del Hermanito, con resignación y admiración. Su muerte no fue sorpresa para nadie; tenía que ser así. Había cumplido con su “pasión”. Pero según decían, el era solo un precursor. Detrás de él, pronto, vendrían otros “Hermanitos”, otros “santos”. Y angustiosamente la gente se preparaba para su llegada.

Si recapitulamos los hechos desarrollados durante el movimiento popular del Hermanito entre la población del sur del Chocó, obviamente aparece una serie de componentes muy diversos. El carácter esencialmente apocalíptico, paranoide, queda fuera de duda y solo en la última etapa surgen algunos elementos mesiánicos y de redención, en lugar del castigo colectivo. Los motivos más destacados de las actitudes que le fueron atribuidos al Hermanito, se pueden resumir en la forma siguiente:

- La persona del Hermanito
 - Su origen misterioso
 - Su vida de abstinencia
 - Sus hábitos milagrosos
 - Su aspecto exterior.

- Su código social-moral
 - Anticapitalismo
 - Anticlericalismo
 - Antifeminismo
 - Antialcoholismo
 - Dieta vegetal
 - Oraciones y recompensa
 - Vida familiar armónica
 - Severidad en la educación infantil
 - Abaratamiento obligatorio de víveres

- Actitudes y poderes
 - Curación de enfermedades
 - Dominio de los elementos
 - Multiplicación de comida (Potedó, Pichimá)
 - Desdoblamiento (Virudó)
 - Poder de elevación (Togoromá)

- Predicciones y castigos
 - Fin del Mundo
 - Supuesta persecución por el clero y las autoridades
 - Penitencia por los pecados de la humanidad
 - Verdaderos y falsos sucesores
 - Terremotos e incendios
 - Poblaciones que se “hunden”
 - Agresión de animales monstruosos
 - Flagelación
 - Destrucción de bienes.

Es de interés anotar que durante el progreso del Hermanito. Del Baudó a Noanamá y de allí a Buena ventura, se observa una creciente tendencia imitar la vida de Cristo, tendencia que a nuestro parecer, no estaba presente en la etapa inicial y que no estaba del todo intentada por el protagonista. En realidad, su trayectoria se inicio ante todo como curandero y protector de los pobres y mientras que estaba por el Baudó y por la costa, no parece que hablara del Fin del Mundo ni de castigos colectivos. Pero al acercarse al bajo río San Juan, a partir de Pichimá, su actitud, se dice que, fue más decidida y crítica. Este cambio, nos parece que, fue producido más bien por la gente que lo acompañaba y que, de allí en adelante, se componía de las pobladores del San Juan, más pobres y más enfermizos que los de la costa. Fue esta gente que ahora pedía de él actuaciones y palabras que el mismo tal vez no había pensado en asumir o pronunciar. Durante el largo viaje de subida por el río San Juan, el Hermanito se volvió más y más un mero reflejo, un instrumento ciego de las multitudes. Le sugerían y le pedían lo imposible y al asumir la responsabilidad de los “milagros” y calamidades cuyos testigos la gente se decía ser, se convirtió involuntariamente, inconscientemente tal vez, en una fuerza dominada por todos los deseos y ansiedades, todos odios y celos de los que lo rodeaban. Prófugo o no, su papel de simple curandero había sido un factor positivo, pero el atribuirse luego, bajo la presión de sus adeptos, el papel de un enviado vengador, se volvió la imagen de la negación. Pero por ello no fue un desengaño para sus seguidores; por lo contrario, su propio negativismo y agresividad suprimida no podían vislumbrar otro desenlace final que su muerte violenta.

En realidad, parece que todo lo complejo apocalíptico, de desastre y castigos, todo lo de la persecución por los sacerdotes y autoridades, la destrucción de los bienes, la suspensión del trabajo, la baja de los precios, la repartición de la carne y la flagelación, **no fueron proclamados por el Hermanito sino le fueron atribuidos por sus seguidores.** Por todo lo que nos consta, el Hermanito nunca mencionó todo aquello y solo pidió que la gente viviera cristianamente y en paz. Su actuación como curandero se limitaba a administrar sus píldoras de barro,

sus recetas de dieta vegetal y hacer algunos masajes; no quería ser más que un simple curandero, pero la gente esperaba un redentor.

Algunas notas sobre movimientos religiosos populares en Colombia

Decíamos al comienzo que Colombia nos parecía ser un campo fértil para las investigaciones sobre una gran variedad de movimientos religiosos populares. Para terminar, citaremos aquí algunos datos que podrán servir de puntos de referencia para futuros estudios.

Ekert (1951), en un corto artículo describe varios movimientos proféticos entre los indios del Valle del Cauca, en los años de 1546, 1576 y 1603. Basándose en los cronistas españoles de la época, anota el impacto causado por la Conquista sobre esta región, junto con la reacción de los grupos indígenas quienes, ocasionalmente, se agruparon alrededor de profetas que trataron de organizar la resistencia contra los invasores. En otro trabajo (Ekert, 1954) se refiere al culto de Buciraco en Cartagena, en 1613, interpretando los datos de los cronistas como una reacción de los indígenas contra el dominio de los españoles. Indudablemente, tanto los archivos coloniales de Colombia y España como también las crónicas que se han publicado, contienen aun materiales muy valiosos sobre movimientos proféticos, mesiánicos o apocalípticos, de la época de la Conquista y Colonia.

En la región de la Comisaria del Vaupés y de la Intendencia del Guainía, han sufrido frecuentemente movimientos mesiánicos, ante todo entre las tribus de habla arawak (Koch-Grünberg, II, 39-41). Aproximadamente en 1850, un indio venezolano llamado Venancio y Oriundo del alto río Negro, se proclamó como “segundo Cristo y mensajero del Creador”, estableciéndose entre las tribus del río Isana. Las multitudes que seguían a este profeta, celebran bailes orgiásticos y el movimiento fue finalmente suprimido a la fuerza por una expedición militar. En 1857 un movimiento similar tuvo lugar en el curso alto del río Isana, siendo su organizador un individuo llamado Basilio Melguerio. En 1880 un indígena de la tribu Arapáso, llamado Vicente Cristo encabezó un movimiento mesiánico en el curso medio del río Vaupés. Declaró que estaba en comunicación con los espíritus de los muertos y con **Tupána**, el Dios de los cristianos, y organizó bailes alrededor de una cruz. Pronto el movimiento tomó un rumbo agresivo y cuando Vicente instigó a sus seguidores a expulsar a todos los civilizados del Vaupés, fue encarcelado por los caucheros y dispersados sus adeptos. Aproximadamente en la misma época, un indio llamado Anicete, de origen desconocido, apareció en el río Isana y declaró ser Cristo. Se estableció como curandero y aseguraba que, de ahora en adelante, los cultivos de los indios iban a dar frutos abundantes sin necesidad de trabajo. Se suspendieron todas las labores agrícolas y la gente se dedicaba a fiestas y bailes hasta que el hombre fue apresado por las autoridades brasileras. En 1887 un movimiento muy similar se produjo entre los indios Puinave del río Guaviare (Calasanz, 1936). Un indígena de la tribu Tama, llamado Luis Mea, se anunció como mensajero de Dios y decía que, por orden divina, ya no era necesario trabajar la tierra y que los cultivos iban a producir fruto sin que los indios tuvieran que sembrar. El profeta fue tenido en mucha estimación,

recibiendo regalos y concubinas de los Puinave. Las sementeras se abandonaron y los indios se pusieron a esperar el milagro. Cuando el hambre y las enfermedades comenzaron a presentar un serio problema, interfirieron las autoridades y el profeta fue encarcelado.

Entre los indios Emberá del Chocó hay vieja tradición de un próximo Fin del Mundo, por incendio, inundación o una prolongada obscuridad. Pero a esta tradición mítica se añade otra de tipo histórico. Los Emberá consideran a los indios Cuna como sus enemigos acérrimos y, aunque hoy en día los próximos Cuna viven a muchos centenares de kilómetros y no mantienen contacto con los Emberá, se cree que ellos vendrán un día para atacarlos y “comérselos”. Periódicamente se apodera entonces un verdadero pánico de los Emberá. Se retiran a las regiones interfluviales abandonando sus casas y cultivos y pasan meses en la selva para huir de estos ataques imaginarios. La última vez fue en 1927 que se produjo uno de estos movimientos de pánico, sobre todo entre los indios de la región de los ríos del bajo San Juan y el Baudó. Compraron grandes cantidades de sal y de mosquiteros y huyeron a los montes, después de haber regalado o vendido casi todas sus posesiones a los negros de la costa. Solo después de más de un año, el hambre y las enfermedades los hicieron salir otra vez a las orillas de los ríos.

Otra zona del país donde han surgido con frecuencia movimientos populares de carácter religioso, sobre todo entre la población negroide, es la Costa Atlántica. En 1787 se produjo un movimiento de fanatismo religioso entre los negros de la región de Majagual, sobre el río San Jorge (Reichel-Dolmatoff, 1955, pp. 86-88). Se celebraban procesiones nocturnas, la gente se confesaba en público y durante la Semana Santa se produjeron escenas tumultuosas. En años recientes, cuando recorriamos la hoya del río Sinú, fuimos informados que en varias poblaciones (Palmito, Momil, Chimá, Repelón y otras) habían parecido milagrosamente imágenes de “santos que iban creciendo”, es decir cuyo tamaño aumentaba gradualmente y cuyos rasgos se iban definiendo mejor y mejor. Un caracol marino, una pequeña figura arqueológica y aun una imagen de plástico, fueron como “santos”, rodeadas de espermas y mechones de cabello. Se halo de “San Bárbaro”, “Santa Chimenea” y otros; a las promesas y oraciones se atribuían grandes milagros. El caso de Chimá ha sido descrito en forma novelesca en un reciente libro que es de considerable interés antropológico (Zapata, 1965). En la región del alto Sinú encontramos en 1957 un hombre de cabellera larga y casi desnudo, quien aunque no predica ni hace “milagros”, decía tener la misión de salvar la humanidad de inminentes desastres; había hecho una profunda excavación, un verdadero laberinto en el cual vivía y adonde esperaba encontrar próximamente una gran multitud de “santos”, “príncipes” y “obispos” que iban a redimir la humanidad pecadora. Se alimentaba casi solo de nueces de coco que la gente le regalaba y excavaba la tierra con una pequeña espátula de madera pues decía que le era prohibido usar otras herramientas.

En la actualidad en muchas regiones de Colombia, se ven hombres barbudos, descalzos, vestidos de tela burda, cargando pesadas cruces. Algunos son predicadores, otros son curanderos, otros viven en contemplación. Son los “Hermanitos”,

los “legos”. En los últimos años han aumentado las sectas protestantes y se han reinterpretado sus conceptos en el ambiente rural. Han aumentado los grupos “espirituales”, los “brujos” y los curanderos. Han aumentado la angustia y la búsqueda de valores espirituales. Conocer estos fenómenos junto con sus causas, sus procesos y sus consecuencias, en una tarea que aun no se ha iniciado.

Apéndice 1

Oración del Santo Sepulcro

“Oración al Santo Sepulcro copia de la oración de la revelación que fue hallada en el Santo Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo. La tiene el Santo Pontífice en su oratorio rey Felipe XI en una lámina de palta que dice así: estando Santa Brígida y Santa Isabel Reina de Humberia después de haber hecho rogativa a Nuestro Señor Jesucristo deseosa la Santa de saber la pasión Santísima de Nuestro Señor se les apareció y les dijo las palabras siguientes: Sabréis mis queridas hijas que los soldados que me prendieron fueron 201, los que me llevaron preso fueron 2 soldados. Diéronme 110 empujones. Para levantarme diéronme 80 golpes. Diéronme en la boca 150, en el pecho 5600 agujeros mas las malas caídas con la Santa Cruz 3 veces. La sangre fueron 300 más 600 gotas. Cualquier persona que rezares esta oración 3 credos 7 Ave María 7 Padre Nuestros y 7 Glorias por espacio de 12 años hasta completar el número de gotas que derramé le concedo 5 gracias primarias por remisión de todos sus pecados segunda será libre de la peste purgatorio será que si muera antes de cumplir 12 años será como si lo fueres cumplido. 2/4 bajaré del cielo a la tierra su alma y la de todos sus parientes quinta lo que trajeron esta copia consigo serán libre del demonio y no serán muerto de mala muerte en cualquier cosa que hubiera esta copia no habrá visión diabólica 4 días antes de sus muerte bajara mi Madre Santísima a consolarles. Las mujeres que trajeres esta sola copia parirá fácilmente sin peligro. El trajeres esta copia consigo pondrá su nombre y apellido en el día que nació.....sino hicieras esta regla será lo contrario la maldición se vendrá sobre vosotros y seréis maldecidos. Tendréis pestes miserias grandes enfermedades y seréis dañado por justa cólera ayunareis en la Semana Santa y diréis oraciones en memoria de mi y de mi pasión de la que sufrí por nuestra salud. Todos los que dudan de que esta carta no fue escrita por mis manos y dictada por mi sagrada boca. Si guarda esta sin comunicar a nadie seréis maldecido y serás herido de rayos y perturbado el día del ficio en cambio si lo publicas a todo quien la pida serás bendecido de mi y daré tantas gracias como estrellas en el cielo. Serás perdonado si estas arrepentido después de haberme ofendido. Los que llevan esta copia encima amas el espíritu malino ni rayo ni tempestad lo tocará. Cuando una mujer esta de parto pónganselo sobre ella y será libertada. Todo mi aseguro a Dios María y José tenéis misericordia de nuestra muerte Amén. Bendición con una buena exposición de la cual usaba el Seráfico San Francisco de Asid bendición primaria el Te bendiga el te guarda Cuarta tenéis misericordia de mi quinta Dios el Espíritu Santo le concede todos sus dones sesta y aparte de ti y todas perturbaciones séptima ruega por nosotros Bienaventurado mi padre San Francisco para que seamos dignos de alcanzar la vida eterna por los meritos

de Jesús Cristo concesión de misterio venga a nosotros. En bendición diciendo en el nombre del Padre y del hijo y del espíritu Santo Amén. Se sota llevar esta bendición santa porque tiene por experiencia que es maravillosísima contra los demonios tentaciones rayo peste mal de corazón peligros en el mar acechanzas de los enemigos tempestades dolor de parto calentura muerte repentina y contra otros males y peligros. Tienen también especial virtud por conservar en gracia e dios a quien la lleve consigo. Fin”.

Apéndice 2

Noticias

“Señores escuchen estas palabras dichas por voz del Hermano es ta mos cinia Dos alterminacion del mundo el día de viernes Santo sea antes o después. Estos son anuncios que están pasando de pronto de un puerco colorado correteando al dueño para comérselo y porque se tiró al agua no se lo comió. Un gallo rojo se lo voló al dueño al monte y lo perdió por espacio de tres días. O se puede trabajar antes de la fiesta si la pasamos bien debe salir una Hermanita dando Rejo hasta matarlo sino tiene el barro bendito untado. Al muchacho grosero también le pega y la mata de darle rejo. Donde Bencete Araujo salió un hombre con la nariz desconocido en San Juan abajo se rebajaron las cosas todo estaba rato una lira de carne de puerco negro vale 25 centavos, una libra de pescado seco 10 centavos un coco vale 10 centavos perro vaca puerco deben de matarlo. Solo deja lo que sea negro. No lo ignoren que esto está pasando”.

Apéndice 3

Cadena de devoción

“La virgen del Carmen en que debemos querer todos hombres y mujeres de buena voluntad con amor y veneración y respeto—a la Virgen del Carmen Madre Nuestra Oración la Inmaculada Madre de Jesús y Madre Nuestra yo te imporo antes buen imagen divina me conceda la gracia de nuestro obede ser te por todos los siglos d los siglos Amén. A continuación rezar 3 Padres Nuestros y 3 Ave María y 3 Gloria con amor y fe y confianza íntima luego se saca 24 copias y los envía a sus familiares o amigos por una sorpresa agradable. El Señor Ezequiel Arias oficial del ejército venezolano hizo 24 copias antes de 9 días gano un millón de bolívares en su país. El Señor Antonio Monteros no toma obra de esta cadena y antes de 9 días un incendio destruyo todos sus bienes en Barranquilla este año. El Señor Fergin Arrea tomo esta cadena y ordeno a sus escrito sacar 24 copias pero se le olvido y antes de 9 días perdió su empleo que tenia de igual manera el Señor Fridal perdió la vida por haber dejado perder esta cadena no haga usted mismo sea fiel devoto de la Virgen del Carmen y su suerte será absolutamente fiable leg a fe verdadera esperasa y con fiasa El devoto.